

IDENTIDAD FEMENINA

Marcela Lagarde*

¿Quién soy? es la pregunta que organiza nuestra subjetividad al vivir. Y, al vivir, la respondemos, tenemos identidad. Somos así y no de otra manera. Somos como y somos diferentes de otros. El ser es afirmación y negación en acto, semejanza y diversidad. La identidad es entonces definida por el qué, el cuánto y el cómo de *los otros* tiene el sujeto, y por lo que no posee de *otros*. ¿Quién soy *Yo* y quienes son *los otros*?

¿Cuáles son los límites específicos del sujeto, cuáles características no tienes de los otros? Y, ¿quiénes son los semejantes y quiénes los diferentes? La identidad remite al ser y su semejanza, su diferencia, su posesión, y su carencia.

La identidad de los sujetos se conforma a partir de una primera gran clasificación genérica. Las referencias y los contenidos genéricos, son hitos primarios de la conformación de los sujetos y de su identidad. Sobre ellos se organizan y con ellos se conjugan otros elementos de identidad, como los derivados de la pertenencia real y subjetiva a la clase, al mundo urbano o rural, a una comunidad étnica, nacional, lingüística, religiosa o política. La identidad se nutre también de la adscripción a grupos definidos por el ámbito de interés, por el tipo de actividad, por la edad, por el periodo del ciclo de vida, y por todo lo que agrupa o separa a los sujetos en la afinidad y en la diferencia.

La identidad de las mujeres

La identidad de las mujeres es el conjunto de características sociales, corporales y subjetivas que las caracterizan de manera real y simbólica de acuerdo con la vida vivida. La experiencia particular está determinada por las condiciones de vida que incluyen, además la perspectiva ideológica a partir de la cual cada mujer tiene conciencia de sí y del mundo, de los límites de su persona y de los límites de su conocimiento, de su sabiduría, y de los confines de su universo. Todos ellos son hechos a partir de los cuales y en los cuales las mujeres existen, devienen.

En una abstracción de las condiciones de vida de las mujeres, he definido una condición de la mujer constituida por las características genéricas que comparten, teóricamente, todas las mujeres. El contenido de la condición de la mujer es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y cultural genérico, como *ser-para* y *de-los-otros* (Basaglia, 1983). El deseo femenino organizador de la identidad es el deseo por los otros.

La condición genérica es histórica en tanto que es diferente a lo natural. Es opuesta teóricamente a la ideología de la naturaleza femenina. La cual supone un conjunto de atributos sexuales de las mujeres —que van desde el cuerpo, hasta formas de comportamiento, actitudes, capacidades intelectuales y físicas, su lugar en las relaciones económicas y sociales, así como la opresión que las somete. La ideología patriarcal afirma que le origen y la dialéctica

* Investigadora en la División de estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

de la condición de la mujer escapan a la historia y, PATRA la mitad de la humanidad, corresponden a determinaciones biológicas, congénitas, verdaderas, e inmutables.

La situación vital de las mujeres es el conjunto de características que tienen a partir de su condición genérica, en circunstancias históricas específicas. La situación vital expresa la existencia de las mujeres particularmente en sus condiciones concretas de vida. A cada mujer la constituye la formación social en que nace, vive y muere, las relaciones de producción-reproducción y con ello la clase, el grupo de edad, las relaciones con las otras mujeres, con los hombres y con el poder, al sexualidad procreadora y erótica, así como las preferencias eróticas, las costumbres, las tradiciones propias, y la subjetividad personal, los niveles de vida, el acceso a los bienes materiales y simbólicos, la lengua, la religión, los conocimientos, el manejo técnico del mundo, la sabiduría, las definiciones políticas, todo ello a lo largo del ciclo de vida de cada mujer.

Las mujeres comparten como género la misma condición histórica y difieren en sus situaciones particulares, en sus modos de vida, sus concepciones del mundo, así como en los grados y niveles de la opresión.

Las diferencias entre las mujeres –derivadas de su posición de clase, de su acceso a la tecnología, de su relación con las diferentes sabidurías, de su modo de vida rural, selvático o urbano-, son significativas al grado de constituir a partir de ellas vivencias opresivas comunes: las mujeres sometidas a la doble opresión genérica y de clase; quienes sólo están sujetas a opresión genérica pero no de clase; mujeres que viven la triple opresión de género, de clase y étnica o nacional; mujeres que comparten la vivencia de formas exacerbadas de violencia; mujeres que viven todo esto agravado por hambre, enfermedad y muerte.

Experiencias y modos de vida identifican y hacen diferentes a las mujeres. Pero sus diferencias no son tan importantes como para crear nuevas categorías de género. Comparten todas la misma condición histórica.

La feminidad

La feminidad es la distinción cultural históricamente determinada, que caracteriza a la mujer a partir de su condición genérica y la define de manera contrastada, excluyente y antagónica frente a la masculinidad del hombre. Las características de la feminidad son patriarcalmente asignadas como atributos naturales, eternos y históricos, inherentes al género y a cada mujer. Contrasta la afirmación de lo natural con que cada minuto de sus vidas, las mujeres deben realizar, actividades, tener comportamientos, actitudes, sentimientos, creencias, formas de pensamiento, mentalidades, lenguajes y relaciones específicas en cuyo cumplimiento deben demostrar que en verdad son mujeres.

Ninguna mujer puede cumplir con los atributos de la mujer. La sobrecarga del debe ser y su digno opresivo le generan conflictos y dificultades con su identidad femenina. De hecho se producen contradicciones por no haber correspondencia entre la identidad asignada –cuerpo asignado, sexualidad asignada, trabajo asignado, vínculos asignados-, con la identidad vivida –

el cuerpo vivido, la sexualidad vivida (Katchadourian y Lunde, 1981; Aisenson, 1989), el trabajo realizado, los vínculos logrados.

La identidad y los hechos vividos por las mujeres son evaluados y contrastados, además, con lo que en su círculo cultural se considera masculino o femenino.

Así el género asignado, el género realizado y la conciencia de los hechos no corresponden. Zonas de la vida son integradas en la conciencia y otras son reprimidas, negadas, o llamadas con otros nombres. Destacan entonces los recursos que las mujeres ponen en marcha para enfrentar esta problemática. Fundamento y resultado de esta complejidad son la autoestima de las mujeres y el aprecio de lo femenino, de lo masculino, de las otras mujeres y de los hombres. Vivir en el mundo patriarcal hace a las mujeres identificarse y desidentificarse con las mujeres, con los hombres, con lo masculino y con lo femenino. No viven una identificación directa con la mujer y lo femenino, ni está excluida su identificación con los hombres y con lo masculino.

Es común que voluntaria o compulsivamente, las mujeres dejen de vivir hitos de su feminidad y encuentren formas nuevas de vida. Sin embargo, como todas ellas son evaluadas con estereotipos rígidos –independientemente de sus modos de vida- y son definidas como equívocas, malas mujeres, enfermas, incapaces, raras, fallidas, locas.

No obstante, las parcelas de vida de negación y de innovación contribuyen a desfeminizar a las mujeres, transforman su identidad genérica y el orden del mundo. No obstante, los desfases entre el deber ser y la existencia, entre la norma y la vida realmente vivida, generan procesos complejos, dolorosos y conflictivos, en mayor grado si son enfrentados con las concepciones dominantes de feminidad (ideologías tradicionales), porque las mujeres viven estos desfases como producto de su incapacidad personal para ser mujeres, como pérdida y como muerte.

Otras pueden encontrar además, simultánea y contradictoriamente, posibilidades de búsqueda y construcción propia y colectiva gratificantes.

Cada espacio y cada proceso de desestructuración del *ser-de* y *para-otros* que define la feminidad significan una afirmación de las mujeres: son hechos innovadores, hitos de libertad y democratización de la sociedad y la cultura.

Cambios en la feminidad de las mujeres

Los cambios en la feminidad y en la condición femenina ocurridos en el mundo y en nuestro país en el presente siglo, son significativos y aún no contamos con elementos conceptuales suficientes para aprehenderlos. De ahí la importancia de teorizarlos y de analizar la manera en que las mujeres viven los deberes de su feminidad, así como las contracciones que reconocen, niegan o se disponen a superar. Me propongo identificar y caracteriza las principales transformaciones en la condición femenina, las formas en que han impactado la identidad de las mujeres, a sí como los mecanismos y los medios con que ellas y la sociedad enfrentan esos cambios.

Feminismo e identidad

El feminismo se propone cambios en torno a la identidad femenina. Como cultura paradigmática y transgresora propone caminos singulares. Las mujeres quieren cambiar el mundo y hoy dirigen la mirada hacia ellas mismas. Desde esta perspectiva, sus experiencias son analizadas para evaluar su impacto sobre la desarticulación de la opresión femenina, y para dilucidar la correlación existente entre tendencias a la conservación de la feminidad dominante, formas nuevas de feminidad opresivas, y formas antipatriarcales y libertarias de ser mujer.

La filosofía feminista caracteriza la situación actual como un cambio radical de la sociedad y la cultura, marcado por el tránsito de las mujeres de seres-para-otros, en protagonistas de sus vidas y de la historia misma, en sujetos históricos.

Un hecho relevante en diversas sociedades contemporáneas es la desestructuración de la identidad femenina patriarcal. En ámbitos diferentes ocurren cambios sociales, económicos, jurídicos, políticos, científicos y culturales que contribuyen a la transformación esencial de la feminidad, del ser mujer y de las mujeres mismas. Dichos cambios han ocurrido a las mujeres, a los hombres, a la organización genérica, en la sociedad, en las instituciones civiles y políticas, y en la cultura.

Del mundo patriarcal y frente a él surge una nueva cultura, y las mujeres y la feminidad son su espacio esencial. El núcleo de esta dialéctica es la de-construcción (Culler, 1984) de la feminidad y de la mujer, en las mujeres, y el surgimiento de nuevas identidades entre ellas.

En un principio la rebelión feminista construyó, entre otros, el mito de cambiar el mundo, para erradicar la opresión de las mujeres, porque en él se encontraba lo patriarcal y lo opresivo, y se concebía que el mundo era algo distinto y separado de las mujeres. La opresión patriarcal era impuesta y separable de la condición de la mujer que aparecía como una nueva feminidad sólo que positiva, histórica y no natural.

En ese mito se plasmó la creencia en el que se mujer y la sociedad no están relacionados. Que la sociedad y las mujeres podrían cambiar sin hacerlo realmente. Que era posible continuar siendo mujer a pesar de que todo hubiera cambiado, aun cuando hubiera cambios radicales en las mujeres mismas. A pesar del mito, el feminismo permitió a las mujeres criticar y revalorar su quehacer, su mundo y su propio ser, definir –como deseo- su propia humanidad.

Revalorización de lo femenino

No obstante que la escala valorativa integrada al feminismo continuó siendo binaria, las mujeres se concibieron como seres positivos, pertenecientes al ámbito bueno del universo. Fueron sustraídas a lo desvalorizado, al ámbito negativo e inferior del cosmos dominado por el mal, el peligro y la contaminación, del orden simbólico patriarcal.

A partir de su propia revalorización las mujeres se han percibido positivas y han impugnado lo exterior a ellas. Ahí encontraron el mal, lo opresivo; en el sistema, en los hombres, en las

relaciones, en las costumbres, en las tradiciones. Y reinterpretaron la historia, para entender, desde su lugar en el mundo. Las concepciones propias elaboradas desde el *topos* de las mujeres constituyen el feminismo. Desde ahí se han generado conocimientos nuevos sobre ámbitos oscuros e inexplicables, particularmente sobre las mujeres y sobre la condición femenina.

A partir del feminismo contemporáneo ha sido posible plantear la siguiente hipótesis: la mujer es la síntesis histórica de sus determinaciones sociales y culturales, y las mujeres lo son de sus condiciones específicas y concretas. Si la mujer no es un hecho de la naturaleza, los cambios que le ocurren la modifican. Y pueden hacerlo hasta tal punto que la categoría mujer desaparezca. Esta posibilidad significa un drama cultural para quienes se niegan a abandonar el viejo mundo, en cambio da sentido a la vida de mujeres insertas desde ahora en la utopía (realmente existente) de redefinir su condición y su identidad.

Los cambios ocurridos en la feminidad han generado miedo. Son miedos colectivos e individuales a que los cambios en las mujeres y la feminidad y la presión para que cambien los hombres y la masculinidad, signifiquen la pérdida de la feminidad y de la masculinidad. El mito sobre el origen y la definición naturales de los géneros traduce estos cambios como muerte genérica y no permite imaginar que la diversidad en libertad, enriquece las experiencias y la historia.

Identidades binarias cambiadas

Es sentido común la creencia en que si se realizan funciones, actividades y trabajos específicos, y en que si se tienen relaciones, comportamientos, sentimientos o actitudes asignadas al género contrario, los sujetos abandonan su género y se convierten en el opuesto. De ahí el miedo. En efecto, si cambian los hechos que definen la identidad genérica, ésta se transforma también, pero el equívoco es creer que se concluye en la dimensión genérica contraria. Los cambios genéricos pueden ir en muchas direcciones y desembocar en condiciones inimaginadas, como el surgimiento de nuevas categorías, y la modificación o desaparición de las existentes.

La creencia en que cambiar es convertirse en el otro es generalizada. Los hombres temen que si cuidan a los niños o hacen la comida, dejan de ser hombres; si no son ellos quienes toman las decisiones básicas, si “se dejan mandar o mantener” por las mujeres, si no las maltratan o engañan, se les llama *mandilones* y se sienten pocos hombres. A los hombres que hacen cosas de mujeres se les considera mujeres, seres inferiores. He ahí el daño. En el lenguaje patriarcal ya no son hombres, son *putos*.

La pérdida de aspectos de la masculinidad patriarcal es vivida con sufrimiento, confusión, rabia y desacuerdo. Se debe al poder real y simbólico de los hombres ya que lo más afectado para ellos es su virilidad. Pero con los cambios ocurridos a las mujeres y en el mundo, los hombres sienten la pérdida de un modo de vida que los reproduce en la masculinidad y sienten que el

mundo se desestructura, su orden y su pureza entran en crisis, ellos se contaminan de lo femenino, y deviene el caos.

Si las mujeres hacen cosas de hombres se afirma que lesionan su feminidad. Se les llama *machorras*, *marimachas*, poco femeninas por haberse aproximado a hechos de la masculinidad. Como la feminidad supone un orden natural no puede perderse por completo. Se cultiva la esperanza del regreso a un bienestar mítico en que las mujeres vuelvan a ser mujeres. Sólo así es posible para algunos, sobrevivir en un mundo desquiciado e incorporar poco a poco a su cosmovisión algunos cambios generalizados o que menos atentan contra el orden. Así, los cambios vividos o impulsados por mujeres se consideran extremos y se piensa que ellas son casos contranatura, aberrantes, perversas.

Ideología genérica patriarcal

Más allá de cambios en la sociedad, en la masculinidad y en la feminidad, la ideología genérica patriarcal parece inalterada y vigente. Todavía estructura identidades. Es una ideología fosilizada porque expresa y sintetiza separaciones simbólicas inmutables que no corresponden a la complejidad genérica de los sujetos. Su esencia consiste en elaborar las diferencias como excluyentes y antagónicas por naturaleza. Desde la apreciación del ser mujer o del ser hombre se construye un método del conocimiento: la realidad vivida por los hombres y las mujeres es captada desde los estereotipos. Y cada vez más mujeres y hombres son conceptualizados y tratados como anormales que no cumplen con lo que debe ser un hombre o una mujer. La idea de equívoco, inacabado, incompleto se conjuga con al idea de anormalidad, enfermedad, problema y crisis (Foucault, 1990).

Mujeres y hombres que cambian sin proponérselo, consideran bajo la ideología individualista que se han equivocado, que no lo han hecho bien, que tienen problemas. Se genera con ello la frustración como elemento de la autoidentidad y los conduce a la autodevaluación y a la ponderación excesiva de quienes se cree que cumplen la norma. La transformación de las identidades genéricas a raíz de los cambios sociales, económicos, jurídicos, técnicos, científicos y artísticos, trae como consecuencia también cambios políticos. Pero ¿qué está cambiando genéricamente?

Cambios genéricos

Transformaciones en la sexualidad se producen en las relaciones sociales de parentesco y de alianza, en la paternidad y en la maternidad, así como en las relaciones filiales. Se modifica el alcance del poder que unos ejercen sobre los otros en el marco de esas instituciones. Destacan también cambios en las prácticas y en los saberes eróticos, se reducen márgenes de la pornografía y surgen nuevos límites al interdicto. Los lenguajes y las relaciones jurídicas, así como las relaciones y las estructuras económicas, cobran nuevos contenidos genéricos.

La sexualidad femenina cambia. Por primera vez se separa la procreación del erotismo, y la brecha milenaria entre sexualidad procreadora y sexualidad erótica, que escinde a la mujer como género, tiene la posibilidad de desembocar en una identidad cohesionada, integrada. Pero las mujeres saben y no se equivocan, que su ser les es ajeno, que su cuerpo y su subjetividad ha sido ocupado por la sociedad para los otros. Contradictoria y conflictivamente, las mujeres protagonizan su cuerpo y su subjetividad para el placer propio. Los cuerpos de las mujeres se modifican. Del cuerpo-para-procrear, cuerpos-eros- ¿para quién? Surge el cuerpo-en-rebeldía. La cambiar las mujeres, su cuerpo como espacio político, empieza a ser apropiado, a ser nombrado, se desencanta, emerge de la hipersensibilidad para el dolor, de la anestesia para el placer y tiende a convertirse en espacio propio, en mi-cuerpo y en mi-deseo. Surge un deseo erótico femenino y de manera inédita una cultura hedonista.

Surgen concepciones libertarias para todos, desarrolladas como concepciones del mundo de los sujetos y grupos sometidos a opresión: los movimientos de liberación sexual, se han construido como crítica a la cultura y proponen nuevas opciones de vida, definidas en torno a sexualidades no opresivas. Rechazan estos movimientos la sexualidad del Pater y sus opresiones sexuales, así como las de clase, raciales, políticas, por la reivindicación de la diferencia (Amorós, 1976 y 1989; Marqués, 1976; Alberoni, 1986; Bell, 1989) como pluralismo existencial, y tolerancia, y por un marcado hedonismo libertario (Vance, 1989).

Lo público y lo privado como compartimentos estancos cuyos contenidos eran inmezables. Y la familia como único espacio conceptual de reproducción social. Se transforma en uno más de sus espacios privados. Están en crisis algunas de sus instituciones: hay dificultades para realizar la maternidad, en especial para las mujeres pobres y las de doble jornada; pero es la paternidad la que es ejercida con mayor dificultad por los hombres, y en gran medida muchos de ellos se niegan a vivirla, la desaparecen, dejan una escuela de carencias cuya satisfacción es asumida por las mujeres (Ramírez, 1975; Chodorow, 1984; Olivier, 1985). El erotismo teóricamente pleno y fuera de normas compulsivas es un hecho que se expande entre mujeres de las más diversas clases y formaciones culturales; algunas abandonan el matrimonio para convivir íntimamente; aunque la conyugalidad es primordial, se ha diversificado, tiende a no ser para toda la vida ni exclusiva, simultánea o sucesivamente.

Frente a la familia surgen nuevas formas de organización social como las comunas, madres solas con hijos, y redes basadas en ginecogrupos, y grupos afines por edad o actividad, que viven juntos temporalmente para reproducirse sin estar emparentados, sin ser cónyuges.

La división genérica del trabajo es otra. Ya no corresponde a la división sexual tradicional. Que colocaba (ideológicamente) a las mujeres en la reproducción y a los hombres en la producción. Ahora de manera unilateral las mujeres están en ambos espacios. En la vida privada y doméstica su trabajo es invisible (Larguía, 1977), en lo público es infravalorado y se considera impropio e inadecuado para la mujer, a pesar de la evidencia milenaria de que es su espacio, simplemente porque siempre ha producido (Elú de Leñero, 1986; Muñoz Ríos, 1990).

El tiempo y los espacios se modifican. Las mujeres ocupan espacios, tienen posiciones sociales, culturales y políticas prohibidas por tabú de género para ellas, y porque

correspondían a los hombres, pero lo hacen en situación de inferioridad y de no pertenencia, todavía como extranjeras.

La identidad de las mujeres se estructura con nuevas definiciones sociales que se concretan en ellas mismas y en el mundo, aunadas a las concepciones patriarcales, y a otras minoritarias que les plantean exigencias contrapuestas para estar en el mundo. Actitudes, lenguajes, sentimientos y necesidades propios de un espacio, son llevados al otro, formas de trato y relación, de comprensión, de interpretación y análisis del mundo, son, en ocasiones, ajenas al espacio en que las mujeres las utilizan porque pertenecen a otro sitio. Las mujeres extienden formas serviles que no corresponden; tratan de establecer en la casa, dominio patriarcal, negociaciones aprendidas en lo público; coexisten el servilismo con formas de relación y de comportamiento derivadas del contrato, del trabajo, como el salario, la política, la palabra escrita, la ciencia, el derecho a...

Cada mujer está involucrada en el sincretismo concretado en su persona, vive la síntesis a partir de diferentes combinaciones, profundidad, complejidad, y conflicto. La síntesis sincrética de identidades en transformación constituye y organiza la subjetividad de estas mujeres que virtualmente viven una *doblevida*. Se generaliza la escisión interior producto de esa *doblevida*, el antagonismo llega a ser tan agudo en cada una que Agnes Heller (1980) lo llamó esquizofrenia vital. Las mujeres cambian mucho más que otros grupos y categorías sociales, sin embargo, no son concebidas ni por ellas ni por los otros, como los sujetos sociales más cambiantes en esta época histórica.

Las mujeres emprenden nuevas actividades, nuevas relaciones, nuevas formas de comportarse, trabajan por doble partida y se desenvuelven en una *doblevida*, en un desdoblamiento que cada una tiene que elaborar subjetivamente e integrar en su identidad. La cultura y sus posibilidades de pensar esta situación la reducen a masculino y femenino. Grupos crecientes de mujeres quieren y procuran cambiar más allá de los cambios compulsivos a que las obliga la sociedad. Han definido en qué y cómo quieren cambiar.

Conocimientos, sabiduría y nuevos poderes son producto positivo de la complejidad de vida de las mujeres. Surge el liderazgo femenino y la creación de múltiples espacios políticos por las mujeres, especialmente de feministas. Se amplía la participación política y la incidencia femenina en el mundo mediato e inmediato.

El mundo se feminiza

La presencia de las mujeres en los ámbitos propios y en los que tradicionalmente eran masculinos, y la resignificación ideológica y política (jurídica, mítica) de las mujeres y de lo femenino, hace que el mundo se feminice.

Esto se combina con la desaparición de grandes áreas de la masculinidad de los hombres, y con la reconversión de las mujeres para sustituirlos y se crean más espacios exclusivamente femeninos en el mundo patriarcal.

La contradicción central en este nivel es de orden político: las mujeres realizan hechos de vida propios y para los otros y crean cada vez más riqueza social, cultural y política, y ello no conlleva una directa creación de poderes legítimos ni ejercidos a plenitud por ellas. La institucionalidad de las mujeres sigue en el mundo de la reproducción y se expresa en la sociedad civil, la sociedad política se reproduce cada vez más como el Gran Estado, es Estado del Pater, sigue siendo patriarcal y es monopolizado por los hombres.

Los hombres que pierden cada vez más masculinidad no asumen a nivel de la identidad de género, ni en su autoidentidad masculina los cambios ni las pérdidas. Su autovaloración discursiva está inalterada. Identificados con el mundo, con la sociedad, con el Estado, con la historia, proyectan y transfieren las alteraciones de su identidad a la economía, la sociedad, el Estado, etc. Ellos mismos, al evaluar a las mujeres, anotan y construyen una cultura dominante en la cual las pérdidas de feminidad desvalorizan a las mujeres. Contabilizan el tiempo que dejamos de invertir en la feminidad convencional, pero no se percatan de que en menos tiempo seguimos realizando el contenido. Tampoco registran en la evaluación y la valoración del sujeto mujer el aumento de actividades, funciones y relaciones que desempeñamos en sustitución de ellos, ni el surgimiento de necesidades propias.

Los hombres han disminuido su condición genérica, son hoy más carentes pero valen igual. Las mujeres hemos enriquecido nuestra condición genérica: este hecho no sólo no es reconocido, sino que valemos menos tasadas con las viejas medidas de la feminidad patriarcal.

Identidad y deseo

El sujeto se constituye por el deseo, el hacer, el lenguaje, y por el poder de afirmarse. Los cambios esenciales en la identidad genérica de las mujeres se plasman en mujeres con deseo propios de existencias, de hacer, de poseer, de reconocimiento, de saber, de creación y de fundación, también con los deseos de bienestar y trascendencia (Burin, 1989).

Mientras más se gana en experiencia vivida en el protagonismo, en la autonomía, en el poder como afirmación, mientras más se toma la vida en las manos, más se define cada mujer como sujeto de su propia vida. YO es el sujeto de su propia vida. Para las mujeres realmente existentes, eso significa vivir la tensión entre *ser objeto* (Beauvoir, 1948) y *ser-para-sí-misma-para-vivir con-los-otros*.

Bibliografía

- Aisenson Kogan, Aída, cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Alberoni, Alberto, El erotismo, Gedisa, México, 1986.
- Aguilar, Mariflor (comp.), Crítica del sujeto, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- Amorós, Celia, "Feminismo, discurso de la diferencia, discurso de la igualdad", *El Viejo Topo Extra* 10:30-33, Barcelona, 1976.

- “Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales” en Maqueira, V. y Sánchez, c. (comp.), *Violencia y sociedad patriarcal*: 39-54, Pablo Iglesias, Madrid, 1990.
- Basaglia, Franca, *Mujer, locura y sociedad*, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.
- Beauvoir, Simona de, *El segundo sexo*, Siglo XX, Buenos Aires, 1981.
- Bleichmar, Emilce Dio, *El feminismo espontáneo de la histeria*, Fontamara, Barcelona, 1989.
- Burin, Mabel, *Estudios sobre la subjetividad femenina*, GEL, Buenos Aires, 1987.
- Chodorow, Nancy, *El ejercicio de la maternidad*, Gedisa, Barcelona, 1984.
- Elú de Leñero, María del Carmen, “Trabajo de la mujer y fecundidad”, en *La mujer y el trabajo en México* (antología): 87-108, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, 1986.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Siglo XXI, México, 1990.
- Finkelkraut, Alain, *La sabiduría del amor*, Gedisa, México, 1988.
- Friedan, Betty, *La mística de la feminidad*, Jucar, Barcelona, 1974.
- Habermas, Jürgen, *Identidades nacionales y post-modernidad*, Tecnos, Madrid, 1989.
- Haseguete-Smirgel, *La sexualidad femenina*, Laia, Barcelona, 1979.
- Heller, Agnes, “La división emocional del trabajo”, *Nexos*: 29-38, México, 1980.
- Hite Shere, *Mujeres y amor*, Plaza & Janés, Barcelona, 1988.
- Kanoussi, Dora, “El espacio histórico del feminismo”, en Basaglia y Kanoussi, *Mujer, locura y sociedad*, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.
- “Notas para una crítica feminista de la cultura”, *Memoria 25*, Centro de estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, 1989.
- Klein, Viola, *El carácter femenino, historia de una ideología*, Paidós, Barcelona, 1980.
- Lagarde, Marcel, “Cultura feminista y poder femenino. Una aproximación conceptual”, *Revista “A”* 23/24: 135-150, UAM-A, México, 1988.
- “Enemistad y sonoridad: hacia una nueva cultura feminista”, *Memoria 25*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México, 1989.
- Antropología de los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas, UNAM, México, 1990, (en prensa).
- Langer, Marie, *Maternidad y sexo*, Paidós, Barcelona, 1983.
- “La mujer, la locura y la sociedad”, en Silvia Marcos, *Antipsiquiatría y política*: 181-194, Extemporáneos. México, 1980.
- Larguía, Isabel, “Contra el trabajo invisible”, en *Liberación de la mujer año cero*: 213-236, Garnica, Barcelona, 1976.
- Liotard, Jean-Francois, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1989.
- Marqués, Joseph Vincent, “Masculino femenino, neutro”, *El Viejo Topo Extra* 10:7-15, Barcelona, 1976.
- Mizrahi, Liliana, *La mujer transgresora*, GEL, Buenos Aires, 1987.
- Pineda, Empar, “El mito de la feminidad cabalga de nuevo”, *El Viejo Topo Extra* 10: 16-25, Barcelona, 1976.
- Rivière, J. y otros. *La feminidad como máscara*, Tusquets, Barcelona, 1979.
- Spacks, Patricia, *La imaginación femenina*, Debate Feminista, Madrid, 1980.

Vance, Carole (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Revolución, Madrid, 1989.

Vatino, G., *Más allá del sujeto*, Paidós, Buenos Aires, 1989.